Pregón de la Semana Santa de Córdoba 2015

A cargo de D. Juan Serrano Pineda

Como todos ustedes saben, yo soy un cordobés al que el destino lo llevó a nacer en Barcelona. Tristemente era algo habitual en aquellos tiempos, tener que dejar atrás tu tierra para sacar adelante a tu familia. Allí, en aquel modesto barrio de Sabadell, también estaba Córdoba. En mi casa se comía de guiso entre semana, y cuando llegaba el verano el gazpacho se bebía como el agua. En mi casa, cuando llegaba la Semana Santa, había recogimiento y silencio, sopa de pescado y viernes de Dolores. En mi casa la primavera era mayo, azahar y mantilla en el balcón. En mi casa los niños querían ser toreros y cuando alguien nombraba a Manuel Rodríguez Sánchez "Manolete", o a Manuel Benítez Pérez, "El Cordobés", la devoción y el respeto inundaban todo el hogar.

Así viví los primeros años de mi vida hasta que un día mi padre se empeñó en que cumpliera con mi sueño y dijo: "vamos palante"; cuando en realidad iríamos para atrás en un maravilloso viaje en el tiempo. En un furgón lleno de incertidumbres y recuerdos, mi familia volvió a su sitio: Córdoba. Son muchos años los que desde entonces llevo su nombre pegado al mío y así será ya hasta el día en que me muera. Muchos años en los que, cosido en los vuelos de mi muleta, impregnado en el aroma de mi capote, con cada paseíllo, yo he gritado mi amor por esta tierra de la mejor manera que sé hacerlo: toreando.

Yo amo a mi ciudad de la misma forma en la que todos ustedes lo hacen: de esa manera irracional en la que uno adora aquello de lo que es parte indivisible, orgulloso de que sean éstas, y no otras, las raíces que me anclan a la vida. Yo amo a Córdoba con exquisita fidelidad, participando de sus tradiciones, asumiendo sus conflictos. Amo a mayo por encima de todo y amo a mi Semana Santa, amo nuestra historia, cada rincón de arte y de silencio.

Como les decía antes, con cada paseíllo, con cada faena en Los Califas, yo estaba a la vez cumpliendo un sueño y haciendo una declaración de amor a mi tierra. Es el lenguaje que domino: una tanda de derechazos, cuatro naturales, un adorno, algún desplante también. Cuando uno torea quiere parar el tiempo y quien entiende ese idioma, sabe que se dicen muchas cosas sin decir. En mi toreo está Córdoba y todos ustedes deben saber que yo no sería nada sin ella.

Por eso, hoy, aquí, en este atril que me causa tanto respeto, en este Gran Teatro en que yo veo a toda Córdoba delante, dispuesto a hablar de la Semana Santa que yo llevo por dentro, quiero que ustedes sepan, antes que nada, por si acaso me traicionan los duendes de la palabra, que lo que hoy les vengo a decir y lo que me gustaría que el mundo supiera, es que en Córdoba, en su Semana Santa y con su gente, cualquiera podría instalar la eternidad.

Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Obispo,
Excmo. Sr. Alcalde,
Ilustrísimas autoridades,
Sr. Presidente y Junta de Gobierno de la Agrupación de Hermandades y Cofradías,
Señoras y Señores,
Cofrades de Córdoba,

Buenas noches:

Quiero y debo comenzar expresando, como ya hice el día en que se hizo pública mi designación, mi enorme gratitud hacia la Junta Directiva de la Agrupación de Hermandades y Cofradías de Córdoba, por confiar en mi persona y encomendarme esta preciosa labor que, a la vez que me llena de responsabilidad, me enorgullece y me hace sentir muy honrado.

Ustedes me han dado la oportunidad de hablar a mi tierra y expresar con la palabra mis sentimientos y amor hacia ella, aquello que habita en mi corazón y que tantas veces, por mi forma de ser, que es la mía y que a estas alturas poco va a cambiar, todavía no haya expresado. Me brindan la ocasión de compartir mi fe hacia Cristo y María, esa que también tantas veces he profesado en la más estricta intimidad y que está tan presente en mi vida. Me permiten estar en Córdoba, ante ustedes y recibiendo el mejor regalo posible, tan sólo unos meses después de consumar una vuelta al día a día de una ciudad a la que tanto debo y a la que tanto quiero. Podrán entender que por todo ello me siento inmensamente feliz.

A mi presentador, a mi amigo Rafael Cremades, le digo que la admiración y el respeto son mutuos. Me lo ha demostrado muchas veces y hoy lo ha hecho una vez más con sus palabras. Amigo Rafael, Dios quiera que sean muchos los años en los que sigamos teniendo oportunidades de disfrutar de nuestra amistad. Gracias por tu presentación, por tu cercanía de hoy y por tu cariño de siempre. Es un honor tenerte aquí como padrino de ceremonia y también que seas mi predecesor en esta labor pregonera. Sensacional faena, aquella que cuajaste hace más o menos un año desde este atril, como no podía ser de otra manera.

Mi pregón, queda dicho, es el pregón de un cordobés que está orgulloso de serlo. Tanto, y ya lo dije en más de una ocasión, como de haber nacido en Sabadell, tierra a la que mis padres les llevó la lucha por sacar adelante sus vidas y la de la familia que iban formando. Tierra en la que, además de familiares, tengo grandes amigos que hoy, seguro, estarán contentos de mi presencia aquí, y a los que nunca olvido y siempre llevo en el corazón.

Mi pregón es el de un hombre al que de niño le asaltó la vocación torera. El paso del tiempo se encargó de unirme para siempre a la profesión más

bella del mundo, la que me ha permitido expresarme, dar rienda suelta a lo más hondo de mi ser, hacer lo que siento, lo que corazón y alma me dictan, y ser fiel a todo eso desde el origen hasta el día de hoy, y créanme que así seguirá siendo en el futuro. Fidelidad a un concepto, a una creencia, a una fe que será siempre el estandarte de mi vida personal, torera y cristiana. Una fidelidad a prueba de sinsabores, de momentos malos, esos en los que son pocos los que alcanzan a comprender las circunstancias. Fidelidad que me ha permitido ser feliz y hacer disfrutar a mucha gente a lo largo de casi treinta años.

¡Qué bonito ser torero! ¡Qué bello sentirlo y vivirlo! Y qué bonito que mi tierra, mi plaza, esa que este año cumple medio siglo, haya podido ser testigo de tantos momentos de mi felicidad, compartida con tanta gente, disfrutada por tantos corazones que, como el mío, han sentido cómo en unos minutos les invadía ese sentimiento tan difícil de explicar.

Mi pregón nace de todos esos momentos en los que mi soledad va a buscar compañía y sosiego ante este pequeño altar que por primera vez muestro públicamente. Es mi capilla, que me acompaña a todos lados, el lugar donde vuelco mis oraciones y ahogo mis miedos. Mi sustento en tantos pasajes previos al instante en el que la vida está en juego y ante el que brota esa esencia de la fe que anida en lo más íntimo del corazón. Ahí, presentes en imagen pero también y, más importante aún, dentro de mí, me acompañan la Virgen de los Dolores y Jesús Caído, como principales referentes y evocaciones de Cristo y María. También San Rafael Arcángel y, junto a ellos, amigos y compañeros de viaje, se escriben esas palabras que uno dice para adentro. Esos silencios que me acercan a ellos y que me hacen sentir protegido por su Divinidad.

Es por ello que, como raíz de mi fe, sincera y firme por su protección, cobijo y compañía en los momentos más duros, este hombre, este torero, los dos en uno, estará agradecido eternamente por los dones con que ellos me han colmado, y por la diaria bendición que recibo, teniendo cerca a mi esposa, Arantxa, y viendo crecer a mis hijos, Lucía y Juan Rodrigo, que son nuestra alegría.

Mi pregón, como esencia de todo lo vivido y sentido, quiero que sea una parte de mí, dictado de mi sentimiento, como siempre, para bien o para mal, ha sido mi toreo. Lo pensaba en mi habitación, en casa, mientras me vestía una hora antes de dirigirme a este magnífico marco para presentarme ante ustedes. Algo parecido a lo que me sucede en la habitación de cualquier hotel, una tarde cualquiera, minutos antes de la corrida. Y también mientras esperaba, ya aquí, como lo hago en el patio de cuadrillas antes de que suenen los clarines que anuncian que ya no hay marcha atrás. El destino que cada tarde me espera al pisar el ruedo como el que esta noche me

esperaba al pisar estas tablas.

"Rompo plaza", Señora. Cruzo este albero imaginario caminando hasta ese destino que me tienes reservado. Lo hago cargado de responsabilidad, de miedos, de incertidumbre Pero también de confianza ciega en tu presencia en mis cosas, en mi día a día, en todo lo que busco y me inquieta, en las alegrías y en las penas. En todo aquello a lo que, con la gracia de tu protección, se dirige mi vida. No estoy solo en esta faena, Señora, como nunca lo estuve en ninguna teniéndote a ti.

Por mi parte y ante ustedes, espero pisar los terrenos adecuados y conocer las precisas querencias cofrades para saber transmitir mis sentimientos y mis vivencias. Inicio esta "lidia" con la certeza de que no me son extraños muchos de los detalles de este ritual. ¿Acaso, y salvando las distancias, nuestra Tauromaquia no guarda semejanza con la Semana Santa? ¿Acaso la celebración taurina no tiene una profunda raíz religiosa, vinculada a muchos acontecimientos de nuestra fe católica?

Se quiera o no, ese es uno de los aspectos que nos une irremediablemente a todos los españoles. También en los toros, en su significación más humana, está la muerte rondando, convirtiéndose cada instante de la corrida en un instante de intensa vida donde la tragedia puede aparecer en cualquier momento. Tanto es así, que no hay plaza de toros donde no haya una capilla, por muy pequeña que sea, en la que encomendarse a Dios antes que a la suerte.

Sagradamente, en la Semana Mayor conmemoramos la Pasión y Muerte de quien, siendo Dios, ofreció su vida por todos y cada uno de nosotros y por eso proclamamos el triunfo de su feliz Resurrección. Momentos todos y, como ya he dicho, salvando las distancias, que están presentes en la liturgia del toreo y que he podido vivir intensamente a lo largo de mi trayectoria.

Hace apenas unas horas, estrenábamos una nueva primavera. Tiempo de espera que para los cofrades comienza a tocar a su fin. Jornadas cada vez más intensas en las que crece nuestra sensibilidad para percibir imágenes, sonidos y aromas que nos transportan a otros tiempos pero que, sobre todo, nos recuerdan que estamos aquí, en este presente que nuevamente nos regala la vida: Cristo y María, con el escenario incomparable de una Córdoba que, como no podía ser de otra manera, viste y luce preciosa para la ocasión.

Así es como nos acercamos, con el alma agitada e impaciente, a la celebración conmemorativa de los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús y del infinito dolor de su Madre al pie de la Cruz.

Dolor que se consuela en parte, antes del comienzo de la Semana Mayor, en el Viernes de Dolores, día de tu onomástica, Señora, en el que las colas interminables que "barbean" los muros del Hospital de San Jacinto, cuando

la ciudad entera y gente venida de fuera acude a tu capilla para postrarse y rezar ante tu bendita imagen. Tú, Señora de Córdoba, recibes esa procesión de fieles ante tu altar, así como los incontables rezos, plegarias y oraciones sentidas que se elevan hacia ti, con un silencio inexplicable.

Para mí son imágenes familiares. Las relaciono siempre con esos momentos previos a la corrida, cuando la habitación queda en soledad, el mozo de espadas anda de aquí para allá ultimando detalles y alejando los malos augurios y sólo queda el silencio y la fe. Un silencio apenas roto por el roce de un alamar. Es la misma liturgia de recogimiento que me aguarda cada tarde cuando, ya vestido, antes de irme a la plaza, rezo con sinceridad y devoción delante de mi Virgen de los Dolores y Jesús Caído y así me acerco de verdad a Ellos.

¡Impensable Córdoba sin su Viernes de Dolores, impensable Córdoba sin su Señora del Dolor! Tesoro auténtico de nuestra milenaria ciudad.

Aún con el recuerdo fresco en la memoria de ese ratito ante Ella, nos sumergimos en el intenso vaivén de emociones que serán las calles cordobesas durante su semana más esperada.

Llegaremos a un Domingo de Ramos que volverá a evocar en mí recuerdos de aquella desbordante ilusión infantil. Porque en los domingos de Ramos, cuando se podía, mi familia venía para Córdoba.

Cuando me asomo a la memoria de aquellos largos viajes en coche buscando la tierra, me veo a hombros de mi padre por las calles de Córdoba viendo el transcurrir de las cofradías. ¡Qué bonito que mi primer paseo a hombros por esta ciudad mía que tanto me ha dado y que me ha llevado en volandas en las tardes de triunfo, algunas también en Domingo de Ramos, fuese sobre los de mi padre, de un luchador al que siempre estaré agradecido por haber sacrificado tanto por un sueño!.

Seguro que cuando me alzaba en la esquina de San Lorenzo, para ver pasar la "Borriquita", no podía imaginarse que ese paseo en hombros yo lo recordaría toda la vida.

Será allí donde todos, niños y mayores, vuelvan a darse cita para ver a Jesús a lomos de un pollino y, seguido de su Madre Santísima de La Victoria, vivirá fugazmente la proclamación, entre palmas, de quienes equivocadamente lo consideran un rey terrenal y un salvador político.

Mañana triunfal y de luz, que contrastará con un atardecer en el que Cristo en Silencio, Despreciado por Herodes, comenzará a morir poco a poco por las calles de nuestra Córdoba. Muerte salvadora y sanadora de tantas heridas nuestras que también comenzaremos a ver reflejada en la mirada del Cristo del Amor, de las Penas de Santiago, y en esa templanza y ejemplo que, azotado y Amarrado a la Columna, recibiremos de un Dios que arrodillado y orante en una noche de Olivos, Sudor y Sangre; volverá a

hacerse carne y dolor por nosotros.

Un dolor, que en los ojos de su Madre, Encarnación, Desamparados y Candelaria, será, lágrima a lágrima, el cobijo de una ciudad que la acompaña no sólo con la mirada, también con el corazón.

Seguirá avanzando este Domingo, regalándonos aromas y lamentos. Nos llevará a San Andrés, para ver entre claveles rojos a nuestro Padre Jesús de las Penas. Y después, al Bailío, para estremecernos con una bajada impresionante mientras Ella, Virgen gitana y morena de la Esperanza, seguirá la emoción a nuestros corazones.

Lo llevas en tu nombre: Esperanza. Llevas eso que todos necesitamos para seguir viviendo. Una virtud cristiana imprescindible. Eso que te pedimos que haga nido en nuestras almas para superar así los momentos de mayor dificultad y angustia. No todo está perdido si no perdemos la esperanza.

Incluso, en momentos de Amargura, esa Amargura de la Virgen que acompaña a Jesús Nazareno Rescatado, tratado como un malhechor, atado como un delincuente.

Pero Él, incluso con las manos atadas, rescata de tantos pesares, de tantos errores, de tantas afrentas porque son las manos de Dios.

Por eso en Córdoba, con la fe intensa y popular que sale del corazón de los cordobeses, te proclamamos como el Señor de Córdoba, como la Virgen de los Dolores es la Señora de nuestra ciudad. Y pienso que ambos merecen ser oficialmente estimados así.

Coronando de Espinas al Señor y regalándonos la presencia de su Madre Bendita de la Merced, llegará el Lunes Santo. Y nos lo presentará ante Caifás, Redención de toda Córdoba, que también se sentirá burlada y despreciada, pero que seguirá caminando tras él, guiada por su grandeza.

Grandeza del Señor de los Reyes que vendrá a nosotros abrazando su Cruz, seguido de la Madre Santa de Dulce y Bendito Nombre.

Y tampoco faltará la Estrella, la más sublime de todo el firmamento, que brilla como también lo hace Gracia y Amparo tras su Hijo, que en San Nicolás será sentenciado a muerte. Sentencia cobarde, injusta y arbitraria, como tantas veces en la vida sucede, padecemos y hacemos padecer.

Es Lunes Santo y anochece. El Cristo de la Salud de las almas de los cordobeses avanza impresionante, majestuoso y solemne, llevado a hombros por sus hermanos. No hay más susurro que el de la brisa que viene a verlo.

Y así, como un silencio maestrante al inicio de una faena, pasa a nuestro lado erizándonos la piel. Se nos estremece el corazón por su semblante sereno en ese preciso instante en el que la paz nos inunda el alma.

No hay clarines ni timbales, como en los toros, ni cornetas ni bandas: sólo unos tambores roncos que anuncian la llegada de su amor soberano.

Danos salud, Señor. Lo que siempre te he pedido, tanto en el éxito como en el fracaso. Salud, Señor. Que no falte para Córdoba, que no falte para los míos. Lo demás, siempre llegará con esfuerzo y sacrificio, teniéndote a ti como ejemplo.

También en la noche de cada Lunes Santo, el Remedio de Animas llenará Córdoba de estremecimiento, y detrás de Él, su Bendita Madre de Dios en sus Tristezas.

Siempre nos impresiona el Santísimo Cristo. Siempre nos llama a la oración y al recogimiento, por mucha que sea la multitud congregada. Yo, que soy poco de bulla y gentío, no me siento incomodo en esa situación. Más bien al contrario: aliviado. Atrapado por un silencio que, humanamente, me es tan familiar en los momentos en los que el miedo acecha y atrapa, en los que casi se palpa. Igual lo siento mientras doblan las campanas de San Lorenzo y el Señor avanza, con la muerte presente pero caminando hacia la feliz y esperada resurrección.

Llega el Martes Santo, entre fervores de una Córdoba que se identifica con su Semana Mayor.

Y Ella, Reina de los Ángeles, se ofrece a esta tierra acompañada de San Juan mientras Jesús, despreciado por el Pueblo, nos inunda de amor. Es un martes de Agonía, de pasión de un barrio entero, el del Naranjo, que se entrega y que nos lo muestra reconocido como verdadero Hijo de Dios.

Un Hijo, cuyo rostro impreso en el sagrado paño de la Verónica, nos muestra el sufrimiento humano y, a la vez, nos enseña que el paño de nuestras buenas obras debe ser todo aquello que hagamos en favor de los más necesitados.

Otra vez lo taurino se nutre de la fe; hasta un lance lleva el nombre de esa bendita mujer. Y por verónicas es como yo

más me siento en el toreo de capote. Como más intento acercarme a esa perfección creadora a la que todos los toreros aspiramos y que, afortunadamente para nuestro arte, nunca llegará. Pero la seguimos buscando.

Luego vendrá el Buen Suceso de Cristo con la Caridad de María, que es el reflejo más y fiel perfecto del Amor incondicional de Jesús. Amor que todo lo sufre, que todo lo cree, que todo lo espera y que todo lo soporta. La Caridad de Cristo es el mejor regalo que podemos contemplar en la humildad de su Prendimiento y en la dulce Piedad de su madre.

Desde la iglesia del Juramento, al cobijo de las alas de nuestro arcángel San Rafael, la Hermandad Universitaria nos enseñará en todo su realismo el mensaje magistral de Cristo en la Cruz de la salvación. Dulzura y sufrimiento reflejados en su santa imagen, mostrando una pasión cruda, pero también expresando la dignidad y realeza de su muerte. Recordándonos que tan real es ahora, como lo será cuando resucite.

Alimentados de todo eso, llegaremos al Miércoles Santo, víspera de los días grandes de esta fiesta religiosa singular y única, en la que Andalucía da lo mejor de sí misma al Señor y a la Virgen; en la que la fe se ve acompañada de tan añejas tradiciones que aun en la distancia de mi primera infancia yo respiraba y sentía como propias: los pestiños, las torrijas, la fiesta de los toros, los gozos y las penas. Fiesta de intensos contrastes e intensos brillos. De nostalgia, de presente y de recuerdo.

Iremos al Alcázar Viejo. A ese barrio flamenco y saetero, donde los patios cordobeses derrochan belleza por los cuatro costados y el tiempo se detiene para contemplar los colores y la sencillez de sus flores.

Desde San Basilio, por las Caballerizas Reales y entre naranjos, el Cristo de Pasión, con la compañía de María Santísima del Amor, junto a San Juan Evangelista, nos recuerda aquellos tiempos en que los hortelanos procesionaban al Señor para que bendijera sus huertas.

Y Córdoba acogerá en este Miércoles el Perdón de nuestro Señor Jesucristo, y sentirá la caricia del Rocío de su madre, de sus Lágrimas como lluvia bendita e inmaculada.

Y sentirá la Piedad crucificada, que viene desde Las Palmeras, con la Vida, Dulzura y Esperanza de su Madre, que es la nuestra.

Y vendrá luego, desde la bellísima Iglesia de San Lorenzo, Nuestro Padre Jesús del Calvario cargando la cruz de su sacrificio y de nuestra salvación. Y Ella, María del Mayor Dolor, querrá acompañarlo en su camino. Y esta ciudad, que sabe de su llanto, la arropará en su duelo, llevándola consigo como ella nos lleva, cosidos a su manto.

Recibiremos la Paz. La Paz reflejada en la Humildad y Paciencia del Señor. Esas virtudes que reclamamos de los demás, pero que a veces nosotros no demostramos.

La Paz, tan necesaria e invocada. La Paz, tan llena de esperanza y tan pura como su rostro, el de la Paloma de Capuchinos. Esa Paz que se refleja en la rama de olivo que lleva en su mano, y en el aletear de las palomas blancas de su palio, que piden paz para este mundo.

La Paz, tan torera. Tan bella con esa saya grana y plata que luce algunas veces en su altar. Hecha con ese vestido de torear que mi amigo Rafa Rosa quiso que para siempre fuese de su Virgen. Bendecido por ella y llevado en muchas tardes junto a mí. Gracias, Madre, por cobijarnos a todos.

Y vendrá, por último, poniendo broche al Miércoles Santo, la Misericordia infinita de Dios, otro ejemplo más a través de Cristo.

Él, frente a la crítica despiadada, muchas veces ignorante y con intención de hacer daño, que a todos nos toca vivir alguna vez, nos enseña que antes de dar una opinión arbitraria o injusta sobre alguien, nos debemos acordar de su infinita misericordia, porque sólo de Él procede el perdón.

Detrás, su madre, la Santísima Virgen de Las Lágrimas, tan vinculada a la historia de mi Hermandad de los Dolores, pues habitó también en San Jacinto.

Ella, surcará la Plazuela de la Almagra, la Corredera y la Calle del Poyo, acariciando la Córdoba eterna, que se hará eco del ritmo acompasado que marcan las bambalinas de su inconfundible palio malva.

Es Jueves Santo, día del Amor Fraterno, tarde en la que el Señor nos llama a su mesa para compartir sus últimas horas, sabedor de que el destino y

la traición están escritas. A su encuentro acudiremos, un año más, renovando en su presencia la Fe que lleva su nombre.

Mientras, desde San Cayetano, y precedida por su Divino Hijo Caído en el ruedo de la ingratitud de los hombres y de la soberbia de sus dirigentes, solo Ella, Madre fiel en su Soledad, nos volverá a demostrar cómo permaneció fiel a su lado, hasta el mismo pie de su Cruz.

Es Jueves Santo. Día de ir y venir constante. De visitas a iglesias y conventos para cumplir voluntariamente con la oración ante los monumentos levantados al Santísimo Sacramento. Y en medio de ese ajetreo festivo y religioso en toda la ciudad, nos dirigimos a la calle de la Feria, una de las más cofradieras de Córdoba. De allí, a la Plaza del Potro, lugar de pura esencia cordobesa.

Desde la iglesia de San Francisco, el Cristo de la Caridad nos recuerda a los pobres del hospital que atendía antiguamente la hermandad.

La Caridad del Señor, la virtud más importante, la única que perdurará en la otra vida, la que nos ha de llevar, en el Cielo, a tener el amor y la presencia eterna de Dios y también de la dulzura de su Madre, que al pie de su cruz, nos regala su rostro bello y tierno.

Es Jueves Santo, día en el que Córdoba recibe la Gracia Divina. Él, el "Cristo indio de los Esparragueros", desde la Plaza del Alpargate, nos llama precisamente con su gracia, ejemplar y presente en la ayuda al prójimo, con el comedor trinitario de servicio a los que carecen de los más básicos recursos. Eso es amor cristiano.

Es la luz de la Gracia de Cristo la que nos ayuda y mantiene en nuestro caminar por esta vida. La misma gracia que este torero invoca ante su pequeño altar antes de la corrida o en la humilde capilla de una plaza de toros cualquiera.

Ya es de noche. Y la cofradía de las Angustias, la más antigua de Córdoba, se abre paso desde la iglesia de San Agustín.

Ella es Dueña y Señora de este día, obra cumbre del escultor Juan de Mesa. Belleza sublime que ni la

luna de Nisán quiere perderse. Orgullo de Córdoba y de su Jueves Santo, que lleva en sus brazos al Señor en el más dulce lecho para la rosa más bella de su jardín.

Entre tus brazos, Madre, nos gustaría dejar esta vida. Estar eternamente entre ellos, en ese lugar seguro, refugio de consuelo y paraíso de amor.

De madrugada, a las doce en punto de la noche, el silencio inunda la Plaza de San Hipólito. Cristo muerto, suspendido en la cruz entre un calvario de claveles rojos, parece que duerme dulcemente, dándonos lección de lo que es la muerte para todos los que creemos en Él. Dormir en los brazos de su Bendita Madre para despertar y encontrarnos de frente con el amor de Dios.

La muerte vive con nosotros y está al acecho desde que nacemos. ¡Que nos lo digan si no a los toreros!.

Por eso, Señor, te pido que acojas en tu seno a todos mis compañeros, especialmente a los que murieron en el ruedo, y a todos nuestros seres queridos que ya nos dejaron o que están próximos a su final en la travesía terrenal. Acógenos, Santísimo Cristo de la Buena Muerte; ayúdanos cuando nos llegue ese crucial momento, para tener una santa muerte. Y que no sea otra que la de dormir y descansar en ti, contemplando la serena belleza de tu rostro divino.

Duerme el Señor después de su martirio. Martirio sufrido en el alma por María, Nuestra Señora Reina de los Mártires. Dolor de madrugada que abraza a Córdoba. Oro en su palio y pesar en nuestra alma.

En Ella, en la Reina de los Mártires, vemos el dolor de tantos que sufren el martirio en el mundo y también la sangre vertida por muchos cristianos que hoy día son perseguidos por su creencia y por su fe. Porque, desgraciadamente, muchos lugares de este mundo siguen siendo un Calvario.

Calvario donde murió el Nazareno y hacia donde Córdoba camina entre

cuatro hachones y en pedestal de plata. Cuatro ángeles le custodian, y él, majestuoso, pasa regando de amor las calles de esta ciudad que siempre espera su mirada baja y recogida. Su presencia bendita.

Tras él, sentiremos como un pellizco nos agita el cuerpo y nos estremece el corazón. Y es que la bellísima imagen de María Santísima Nazarena, impregnará Córdoba de su hermosura inigualable.

Todo será preludio del Viernes Santo, que nos adentrará en la muerte del Señor.

Cristo expira en la tarde santa de esta tierra, recibiendo el último aliento, el último aire en su pecho que le da una Córdoba que llora. Aire de su sierra, aire de su alma, mientras su imagen nos bendice el último suspiro.

Jesús muere en la Cruz, mientras la Virgen, Silenciosa y callada, reza por todos nosotros. Ella, Rosario de nuestro consuelo nos inspira amor, ternura y protección. Y también, cómo no, el perdón por las ofensas hechas a su Divino Hijo.

Vendrá luego el Descendimiento, rindiendo San Rafael pleitesía a Cristo Muerto en su paso por el Puente Romano, con el silencio de la Calahorra al fondo.

Ya se ha culminado el inmenso sufrimiento del Amor de Cristo en el madero. Todo se ha cumplido y llegado a su Fin. Al Buen Fin para el que vino. Bien lo sabe su Madre, que camina con paso quedo, desconsolada. Ella vendrá detrás, callada y sola, como Córdoba. Sola en el llanto, sola con su pena, sola en su sufrimiento y en su dolor.

Y pasará Cristo con su Clemencia, abriendo el cortejo de nuestra Señora de los Dolores. ¡Qué paz la de su rostro!, ¡Qué conjunción serena la de su hermosa cabellera y sus santas manos y pies!.

Mis hermanos de la cofradía me han recordado que en la oración semanal de cada viernes, la última oración va dirigida a tu soberana clemencia,

que es infinita, como dicen las Sagradas Escrituras:

"El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia.
No nos trata como merecen nuestros pecados,
ni nos paga según nuestras culpas".

Cristo ha muerto. La matraca nos anuncia el Santo Entierro de Nuestro Señor, que será llevado a su sepulcro en medio de una nube de incienso y aroma de muerte, perfumando los naranjos, con su azahar, el cuerpo sin vida de Cristo.

Y será la Soledad de su Madre, el Desconsuelo de María, el cierre de este Viernes doloroso y enlutado, a la espera de la feliz Resurrección.

Resurrección que vendrá en domingo. Gloria que llamará a la puerta y se pondrá a nuestro alcance para que Córdoba se engalane y se alegren nuestros corazones. Gloria de Cristo y Alegría de María.

Repicarán las campanas de Santa Marina porque, tras el dolor por la muerte de su Hijo, nos alcanza plenamente la dicha por su feliz Resurrección.

Te veré allí, Señor, frente al majestuoso monumento a "Manolete". En ese instante en el que, una vez más, pasarás impartiendo tu lección: se muere de verdad pero también, y esa es tu gloria bendita, se puede vivir eternamente.

Llega el momento de poner epílogo a la faena que ha supuesto este pregón. Lo haré haciéndoles partícipes de mis dos devociones: Nuestro Padre Jesús Caído y Nuestra Señora de los Dolores.

Quiero contarles algo que muy poca gente conoce. Cuando yo era un niño, en el modesto piso de Sabadell, ése del que les hablaba al principio, todos los días había toros. Cuando mi padre llegaba, después de su jornada laboral, mis hermanos y yo despejábamos el salón e iniciábamos los preparativos de la corrida. La mesa se guardaba en la cocina, el sofá se metía en el pasillo, y las puertas, abiertas, se atrancaban con las sillas simulando así los "burlaeros".

Mi padre se sentaba en el sofá presidencial y sacaba el pañuelo blanco que daba paso a los clarines y al comienzo de la tarde. Hacíamos nuestro paseíllo y luego un toro para cada uno, respetando un riguroso orden de lidia. Por delante iba mi hermano Taly y por detrás Meli, que tenía buen corte pero solía tirar de tremendismo para sacarle a mi padre, fácil, los pañuelos.

Para mis hermanos aquello era un juego, era el rato que compartían con mi padre, que se pasaba el día fuera trabajando para sacar adelante a la familia. Para mí, aquello era mucho más que un simple juego. Yo me pa-

saba el día esperando ese momento. Procuraba que ninguno se me cayera del cartel, miraba veinte veces el reloj, me desesperaba cuando mi padre se retrasaba. Me hacía mis estaquilladores, me aseguraba de que mi muleta estuviese siempre bien planchada. Me pasaba horas y horas toreando frente al espejo, corrigiendo defectos, queriendo hacer el toreo puro que había visto en los vídeos y que sentía que era el mío.

Para mí aquello no era un juego, era una liturgia sagrada, era el sueño del toreo y trataba todo con el mismo mimo con el que lo he venido haciendo todos estos años, cuando gracias a Dios pude ver cumplida mi esperanza.

Ya les digo que cuidaba todos los detalles y así, cuando la plaza ya estaba montada y la corrida a punto de empezar, yo me solía apartar a un rincón a postrarme de rodillas ante dos estampas que le había quitado a mi madre del monedero: El Padre Jesús Caído, Cristo de los Toreros, y la Virgen de los Dolores. Esas eran mis dos devociones. Cada día, mientras mi padre se acomodaba para sacar el primer pañuelo de la tarde, yo le rezaba a mi Virgen y a mi Cristo. No le pedía por mi vida, como sí hice mucho tiempo después durante tantas tardes, les pedía que me ayudaran a que todo aquello

se hiciera realidad. A que un día yo pudiera venir a Córdoba y ser el torero que llevaba dentro.

Atendieron mis plegarias y yo les estoy agradecido todos los días de mi vida. Conmigo los llevo, en mi capilla que me acompaña cada tarde en que pongo la vida en juego y en mi corazón, donde estarán para siempre porque gracias a ellos he podido alcanzar un sueño y ser la persona que siempre quise ser.

Son dos devociones toreras desde los tiempos de Lagartijo el Grande, nuestro primer Califa, que fue hermano mayor del Caído y que tenía en su casa una capilla de María Santísima de los Dolores a la que no le faltó ninguna flor diaria y que llevaba siempre entre los pliegues de su faja de torear. "Largartijo" moriría pidiendo la imagen de la Virgen de los Dolores para besarla, como decía el poema: "la Virgen pura cincelada en oro".

"Guerrita", el segundo Califa, tenía pasión por la Santísima Virgen, a la que su hermana Tránsito le ofreció unos pendientes.

"Machaquito" visitaba a la Virgen con asiduidad.

De "Manolete" se decía que antes de entrar a San Jacinto para ver a la Señora, tenía que detenerse a rezarle en su azulejo del Bailío. El cuarto Califa tenía un hermoso capote de paseo con la efigie de la Virgen, el cual acarició antes de afeitarse en su habitación del Hotel Cervantes, aquel fatídico 28 de agosto de 1947.

Aquella noche, en el lúgubre hospital de Los Marqueses de Linares, donde encontró la muerte, pidió sus medallas y besó la de la Virgen, su mayor pasión mariana, que le fue inculcada por su apoderado "Camará".

Es también la devoción de muchos toreros cordobeses: los "Parrita", los Zurito, los Ávalos.

Ellos, Jesús Caído y la Santísima Virgen de los Dolores, son mis devociones.

Jesús Caído, ante cuya imagen atrayente, caigo rendido, al igual que toda Córdoba cada tarde de Jueves Santo. Allí está la Córdoba torera, la de "Lagartijo" y "Guerrita", de "Machaquito" y "Manolete", "Chiquilín", los Tejero, y de tantos y tantos toreros cordobeses. Ya lo decía la saeta:

"Caído como un torero
en el ruedo de la vida
el Nazareno suspira
por el Universo entero".

¡Cuántas veces, Señor, me has ayudado en mi vida y en mi profesión mediante un quite providencial que sólo Tú podrías hacer!. En cambio, a veces me pregunto si nosotros te ayudamos en tu caída cuando vemos a tanta y tanta gente necesitada. Me pregunto si somos verdaderos cirineos tuyos a

la hora de ayudar a levantarse a otros. Si somos auténticas piedras en las que se pueda apoyar tu causa, tu ejemplo o ,si por el contrario, renegamos de eso, ignorándote y abandonándote.

Señor, tu caída es una lección para nuestras vidas. Por eso siempre, en mi trayectoria humana y torera, tuve presente que tenía que valorarme más por las veces que me levantara que por las que cayera. Fueron muchas las ocasiones en las que caí y tardé en ver la luz al final del túnel. Pero siempre surgió tu ejemplo, tu faro para guiar mi vida.

Señor, Jesús Caído. Nos enseñas que no estamos solos, que Tú nos acompañas. Y sabemos que, abrazando tu Cruz, la nuestra será más llevadera y ligera. Caminaremos siempre contigo en la hora de los amargos desengaños, porque eres el único que puedes aliviar nuestro cansancio y nuestra pena, porque Tú, rodilla rendida pero no vencida, eres ejemplo de humildad y fortaleza, de ternura y comprensión, de amor y entrega sin límites.

¡Señor, Jesús Caído, con tu preciosa túnica morada, eres el orgullo de los Toreros de Córdoba!.

Madre Bendita de los Dolores, siempre recordaré, como ya dije, aquella primera Semana Santa en la que mi padre me llevaba en hombros viendo las cofradías, fuimos camino de San Jacinto y contemplamos tu salida procesional, de la que yo quedé prendado. Muchos años después quise repetir esa vivencia con Lucía, mi hija, a la que subí a mis hombros la primera vez que la llevé a verte. Tenía apenas tres años, una edad a la que difícilmente se pueden entender ciertas cosas, pero aun siendo tan niña quedó impresionada cuando te acercabas. Cómo sería que ¡chss, chsss!, se llevaba el dedito a los

labios para pedir silencio ante tan solemne contemplación.

En mi familia siempre ha habido una especial devoción por Ti y aunque no vayamos a visitarte todo lo que debiéramos, sabes muy bien que te llevamos en el corazón. Ese amor me fue transmitido desde muy temprano y, poco a poco, yo mismo fui experimentando lo grande que era tenerte como cobijo en mi vida. Ya desde mis años de novillero y después de matador, te he visitado para pasar mis trajes bajo tu manto protector, también para ofrecerte mi capote de paseo con tu sagrada imagen, con el que hice mi primer paseíllo en la Maestranza de Sevilla.

Tú estás vinculada a los momentos más especiales de mi vida, como el día de mi boda, en el que mi mujer, Arantxa, y yo, recogimos tanto cariño de nuestra ciudad. Fue muy emotivo ese paseo desde Santa Marina hasta la plaza de Capuchinos. ¡Qué maravilla la subida por el Bailío!, camino de tu puerta. Y fue especial mirarte a los ojos y darte gracias por haber puesto en mi camino a una mujer con la que me siento tan dichoso de compartir mis días. Años más tarde, repetimos el mismo camino desde Santa Marina hasta San Jacinto, con nuestro pequeño Juan Rodrigo después de su bautizo.

Sin embargo, habiendo vivido tanto, me queda una experiencia por vivir: acompañarte vestido de nazareno el Viernes Santo. Siempre he visto en los nazarenos el verdadero paralelismo con el mundo de los toros. Me imagino a un nazareno a la hora de vestirse y revestirse e intuyo la escena bajo la misma luz en la que me preparo cada tarde para ir a la plaza. Con intimidad, buscando la soledad, el recogimiento, el estar a solas con uno mismo y frente a Dios. Pasos fieles de una liturgia que está repleta de pureza, en la que sólo existe verdad.

Conocerte, Señora, ha sido uno de los mejores muletazos que yo haya dado en esta vida. Porque cuando se torea, la mayoría de los lances, la mayor parte de los pases, se los lleva el viento. Sólo unos pocos se instalan en nuestra memoria, sólo los que acumulan verdadera pureza. Esos que pellizcan el alma, que salen de dentro en uno de esos instantes en que se para el tiempo.

A veces, un muletazo nos hace estremecer, a quien lo contempla y también a quien consigue ese fugaz momento de inspiración; son sensaciones que tengo muy marcadas en mi vida, que las he vivido mientras toreo de la misma forma que al verte, meciéndote amorosamente, mi Virgen de los Dolores, como se mece la muleta del toreo eterno.

Mejor que yo, ya lo dijo un poeta:

"Lo hiciste sólo un momento,
pero te quedaste en piedra,
haciéndolo para siempre".

En este año celebraremos el cincuentenario de la Coronación Canónica de la Virgen de los Dolores o, mejor dicho, Pontificia, pues fue el Papa Pablo VI, ya beato, quien la coronó un domingo primaveral, en la mañana del día 9 de mayo de 1965, precisamente el mismo día en que, por la tarde, se inauguraría la nueva plaza de toros de Córdoba, escenario de tantos momentos que guardo en lo más hondo de alma.

A veces, el destino nos regala bellas coincidencias. Aquel día, en la explanada donde después se ubicó el hotel del que tantas veces he salido vestido de torero, el amor de una ciudad la coronó y, precisamente ahora, soy yo, un torero, el que modestamente intenta desde este atril, cincuenta años después, ensalzar su dulzura y divinidad, así como la de su Hijo, Jesús Caído.

Tú eres, Madre y Señora Nuestra, el piropo más encendido de Dios, la más bella flor de nuestros patios, la Divina Rosa que habita en San Jacinto y que custodia a sus ancianos y a toda Córdoba, elevada a los cielos en esa Plaza mágica que preside tu hijo crucificado y a la que has llegado a darle tu nombre ¡Tuya es la Plaza y tuya es Córdoba entera!

Para terminar, me gustaría contarles algo que tal vez resuma todo lo que he tratado de decirles. De cuando en cuando, me gusta caminar por Córdoba de madrugada. Premeditadamente trato de alejarme del bullicio del día y busco la soledad de la noche. Acompañado de algún íntimo amigo y a veces solo, camino hasta la Plaza de Capuchinos y una vez allí, con ese silencio intenso que nos ofrece Córdoba cuando duerme, despliego mi muleta y empiezo a torear de salón.

Para mí, el toreo de salón es algo más que un simple entrenamiento. Toreando de salón uno puede encontrar la cadencia perfecta, puede acercarse al toreo que siempre ha soñado hacer. Para mí torear de salón no es "entrenar", que se me antoja una palabra fea cuando estamos hablando de arte. Yo toreo de salón para llenarme el alma, para vaciar mi sed, para sentir el toreo que llevo dentro. Torear de salón no es un acto mecánico, sino casi espontáneo, algo inevitable. Quien me conoce, sabe lo que para mí significa coger la muleta y torear solo, con el silencio por testigo.

A veces, ya les digo, he caminado hasta esa plaza mía de los Dolores y allí, frente a la tenue luz de los faroles que la presiden, yo me he sentido el rey del mundo. Un privilegiado que no ha olvidado nunca aquellas estampas del Caído y de la Virgen de los Dolores que sacaba del monedero de mi madre para montar mi primera capilla. Un privilegiado que de repente se ve ahí, en esa plaza solitaria, vacía, por la que han caminado los cinco Califas del toreo y se siente satisfecho de haber podido llegar hasta aquí.

Toreo así, frente a ellos y a la oscura soledad de mí mismo, feliz y agradecido a mi Jesús Caído y a mi Virgen de los Dolores que con su protección

y ayuda han hecho posible que yo haya cumplido mis sueños, han hecho posible que yo hoy esté aquí, en este atril, con estas torpes palabras, tratando de expresar lo que siento.

Es por eso que, por si nunca coincidimos en una de esas madrugadas solitarias en las que la necesidad me lleva hasta la Plaza de Capuchinos, yo me sentía obligado a terminar ofreciéndoles lo mejor que puedo darles, el don con el que Ellos me hicieron. No podía acabar esta faena sino empezando otra, como siempre ha sido en mi vida, y regalándosela a ustedes. Es mi forma de darles las gracias, la única manera en que de verdad sé hacerlo.

Buenas noches.

Juan Serrano Pineda.
Pregón de la Semana Santa de Córdoba de 2015.

Gran Teatro de Córdoba. 21 de marzo de 2015.

Edita: Agrupación de Hermandades y Cofradías de Córdoba